

I Premio Internacional de Microrrelatos
Museo de la Palabra
Fundación César Egido Serrano

MÁS ALLÁ DE LA MEDIDA



Gens
Colección Guermantes

Más allá de la medida

El día 18 de noviembre de 2009 un jurado compuesto por Cristina Alberdi, Teresa Álvarez, Shlomo Ben Ami, Juan Cruz, Alfonso Fernández Burgos, Ignacio Ferrando, Paloma Mayordomo, Miguel Ángel Mellado, César Antonio Molina, Carmen Posadas y Javier Sagarna otorgó el I Premio Internacional de Microrrelatos «Museo de la Palabra» convocado por la Fundación César Egido Serrano al microrrelato titulado «Hace días que llueve» de la escritora argentina María Soledad Uranga.

VARIOS AUTORES

Más allá de la medida

I Premio Internacional de Microrrelato
«Museo de la Palabra»



FUNDACIÓN CÉSAR EGIDO SERRANO
MUSEO DE LA PALABRA

 **Gens**

MADRID

Diseño de la colección: Gens.
Ilustración de cubierta:
© Manuel Martínez Muñiz 2010.

1.^a edición: junio de 2010.

De los textos:
© Sus autores

De la edición:
© Gens ediciones, 2010.
Santa Inés, 4.
28012 Madrid.
<http://www.gens.es>

ISBN: 978-84-936835-7-3
Depósito Legal:

Imprime: Gráficas Almudena.
Impreso en España. *Printed in Spain.*

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún
medio sin el permiso previo del editor.

ÍNDICE

PRÓLOGO	
Un género en alza	9
RELATO GANADOR	11
RELATOS FINALISTAS	15
RELATOS SELECCIONADOS.	27

UN GÉNERO EN ALZA

En la primavera de 2009 la Fundación César Egido Serrano convocó el I Premio Internacional de Microrrelatos «Museo de la Palabra». La convocatoria tuvo una respuesta masiva de escritores y escritoras de todo el mundo. En total se recibieron 3.682 relatos válidos. Tras un proceso de selección quedaron como finalistas 160 microcuentos que, tras ser eliminados aquellos que no cumplían con alguna de las bases del concurso, serían los textos sobre los que se hizo la votación final. Ellos son los que configuran este libro.

Un jurado compuesto por Cristina Alberdi, Teresa Álvarez, Shlomo Ben Ami, Juan Cruz, Ignacio Ferrando, Alfonso Fernández Burgos, Paloma Mayordomo, Miguel Ángel Mellado, César Antonio Molina, Carmen Posadas y Javier Sagarna, seleccionó diez microrrelatos de los cuales uno resultó ganador y nueve recibieron el diploma de finalistas.

La Fundación César Egido Serrano considera que gracias a la palabra se puede hacer frente a la violencia. Esta palabra —vínculo de la humanidad— es también materia concisa de obra de arte.

La expresión breve e intensa de las emociones reafirma su carta de naturaleza cada vez más a través de los géneros literarios en los que la levedad

es su característica; levedad que, como decía Italo Calvino, constituye uno de los rasgos de la estética del milenio en el que nos encontramos.

Este libro es una muestra de que la palabra es un vínculo entre los pueblos: los concursantes en el certamen pertenecen a más de cuarenta países. Esto ha dado como resultado microrrelatos con distintas sensibilidades y estilos, pero todos tienen en común la búsqueda de lo esencial, lograr un texto desprendido de todo artificio. Un libro, pues, en el que se recoge la apuesta de escritores en lengua española de todo el mundo por este género literario cada día más en alza.

RELATO GANADOR

HACE DÍAS QUE LLUEVE

MARÍA SOLEDAD URANGA: ARGENTINA

Hace días que llueve a cántaros. Y la gata se comió el último grillo que nos mantenía despiertos.

RELATOS FINALISTAS

EL PELIGRO QUE ACECHA

CARMEN BECERRA FUENTES. ESPAÑA

Nunca se lo he contado a nadie. Cuando niña, en el hueco de la escalera de mi edificio se ocultaba un francotirador. Por eso, al bajar la basura, salvaba los metros que me separaban de la puerta en solo unos segundos, sin mirar atrás. Siempre me salvó mi rapidez. Al ir creciendo, en todas las casas que he habitado, he sentido la presencia de otros como él, agazapados en recodos oscuros. Ya no corro, pero aún no he tenido el valor de girarme y enfrentar sus rostros. Sé que algún día habré de hacerlo, si no quiero que me acaben alcanzando. Algún día.

EL TOPO

ESTRELLA MARTÍN PECCIS. ESPAÑA

La taza de té humeaba entre las manos de la mujer.

Es hermosa, pensó el hombre sentado frente a ella. Lástima que tenga que morir. ¡Quién hubiera imaginado que ella fuese el topo! Con esa cara de niña, dulce y suave; con esa mirada cálida y apacible.

Deslizó sus ojos por el cuello femenino y admiró sus pequeños pechos, aquellos que él había besado tantas veces. Sorbió su té lentamente, deleitándose como lo hacía con su boca.

La echaré de menos, asumió, en el mismo instante en que se desplomaba muerto sobre la mesa.

A NOSOTROS NO

LUIS MANUEL NUÑO ESPINA. ESPAÑA

A nosotros los náufragos nos gusta dejarnos barba y pelo largo. Adoramos el dibujo de nuestra huella en la arena, nuestro mar es azul limpio y la playa tiene una distancia de paseo y medio, el paseo que damos todas las mañanas hasta las rocas; allí pescamos. Así que no se os ocurra ni por un momento venir a salvarnos. No deis un paso más u os parto el alma a patadas. Y aún así, ahí vienen, con dentaduras perfectas, contaminando al hablar. Tipos llenos de aristas. Cabrones, ni me toquéis. A mí nadie me rescata (a ninguno de nosotros).

LAS HISTORIAS QUE ESCRIBO

JOSÉ ANTONIO PALOMARES. ESPAÑA

Todo el mundo sabe que yo solo escribo sobre lo que he vivido. Es lo que digo a los periodistas: por eso me hice marino mercante, por eso me infiltré en los bajos fondos, por eso durante algún tiempo fui boxeador. Por eso escribí novelas sobre marineros, el lumpen, los boxeadores mediocres. Y por eso cuando vi a mi mujer sosteniendo mi última novela recién publicada, *Infidel*, y en la otra mano una escopeta con la que me apuntaba al estómago, supe que tenía problemas.

—Ahora podrás escribir historias de fantasmas —dijo furiosa mientras disparaba.

Y eso hago.

DE PUERTAS ADENTRO

JAVIER PASCUAL ECHALECU. ESPAÑA

A mi padre, una vez, le salió un hombre dentro. Lo tuvo alojado varios años al fondo de la garganta —justo detrás de la campanilla—. A última hora de la noche aquel hombre se ponía a hablar y su voz, comparada con la de mi padre, parecía un aliento sin vida. Fue nuestro secreto. Cuando no podía oírnos le llamábamos «el hombre que llora». Una noche mamá creyó escucharlo y preguntó por él, pero eh, qué clase de padre iba a reconocer que tenía dentro a un hombre así de triste.

EL PEQUEÑO PAÍS

JESÚS DE LA PLAZA. ESPAÑA

El pequeño país vecino inventó una bala que nunca alcanzaba su objetivo. Recibieron el Premio Nobel de la Paz. Reconocimiento mundial, gran alborozo.

Lo invadimos.

VESTIGIOS

RODRIGO DE OLIVEIRA GONZÁLEZ. ESPAÑA

Oyó cómo rascaba la puerta con la pata. Al abrirle, entró en casa como una flecha y no la miró. En la habitación olisqueó los zapatos bajo la cama y la fragancia cítrica de los trajes, aún en el armario. Luego se subió a la cama y se echó sobre la colcha arrugada. No quería irse, así que lo agarró del collarín, lo arrastró hasta el coche y arrancó el motor. Se quedó en el asiento de atrás resoplando, hasta terminar el funeral. Después ella condujo un rato, se detuvo en un descampado y le abrió la puerta. Iba a empujarlo cuando se bajó solo y se marchó despacio, sin mirar atrás.

ERROR DE SIMBIOSIS

MARÍA PILAR ROMERO REYES. ESPAÑA

Tenía miedo a las palabras, nunca a la acción.

Desde pequeño fue así; podía cometer atroces travesuras pero, si intentaba presumir de sus vilezas frente a alguien, lo hecho le horrorizaba. Era incapaz de articular sonoramente las maldades. Ella, su opuesto. Las palabras más soeces surgían de su boca sin rubor elaborando abyectos planes; pero sentía la impotencia de ejecutarlos. El día en que se encontraron se detuvo el tiempo tres instantes: él contuvo las palabras de ella, ella los actos de él, y cada uno fue mejor persona mientras se amaron.

Hasta que ella le mató.

METICULOSIDAD

ANTONIO VEGA DÍAZ. ESPAÑA

Antes de ponerse el pijama a rayas azules y blancas, Lucas cuelga su piel en una percha; el hígado, lo deja en la nevera, junto a un muslo de pollo; los pulmones, en la terraza para que cojan un poco de aire; su esqueleto, en el perchero para que no se desbarate; la cabeza, en la sombrerera, después de peinarla cuidadosamente; y el resto, en la mesilla de la entrada, porque es lo último que se pone antes de salir a trabajar. Lucas, que además de meticuloso, es un sentimental, solo se lleva a la cama su corazón, al que en susurros le canta una nana antes de apagar la luz.

RELATOS SELECCIONADOS

EN LOS CEMENTERIOS

KATYA ADAUI SICHERI. PERÚ

En los cementerios que he visitado siempre hay perros. Al pie de las tumbas se niegan a ser alimentados. Hay quienes les hablan e intentan explicarles. Los perros no pueden saber que están en tránsito obligado; lo único que han hecho sus dueños es adelantarse. No mueven las colas ni las orejas. No intentan ladrar. Permanecen detrás de las rejas abiertas, los hocicos chorreantes. Libres sin saber por qué, para qué. Estamos mordidos por la esperanza y los perros siempre nos esperan. Como las pulgas nos adueñamos de los perros.

LEER

GRACIA AGUILAR BAÑÓN. ESPAÑA

Soñó que las tristezas se esfumaban amontonándose en una neblina lejana, allá en el horizonte. Sonrió, sin llegar a ser consciente de ello, al comprobar que la felicidad no era una quimera, sino un sentimiento provocado por ciertas palabras. Se emocionó al cerrar aquel libro que sostenían sus manos y que durante unos días había sido compañero de su rutina. Supo de inmediato, con una irremediable certeza, que su próxima acción sería comenzar otro.

METAMORFOSIS LECTORA

JOSÉ JAVIER ALFARO CALVO. ESPAÑA

Era un lector tan empedernido como confiado. Sabía de los riesgos de la Semántica, pero desconocía el peligro de las metamorfosis.

Poco a poco, se le fueron adelgazando los dedos y transformándose en hojas. Más tarde, se le trocó el lomo en lomo. Por último, el corazón en argumento.

La bibliotecaria se extrañó al encontrar un libro sin clasificar sobre una mesa. Le echó un vistazo, escribió la referencia en una pegatina que puso sobre el lomo y, tras darlo de alta, lo colocó en un anaquel junto a la Metamorfosis de Kafka.

MASCÓ SU ENOJO

ISABEL ALI. ARGENTINA

Mascó su enojo. Pateó el suelo, alzó una piedra y la arrojó al agua. Una sucesión de círculos concéntricos fue la muda respuesta.

Gruñó una frase incomprensible. Alzó otra piedra y la arrojó contra un árbol. Unas hojas cayeron fabricando un murmullo que se diluyó de inmediato.

—¡Maldita sea tu estampa! —aulló.

Alzó una piedra más y la arrojó al cielo. Un abismal instante de silencio precedió a la voz que brotó de las alturas:

—Bien, ya me has dado. Ahora me toca a mí.

Corrió, pero el granizo golpeó todo su cuerpo mientras en el aire tronaba la ira de Dios.

LLEGA A LA OFICINA

MARÍA CONSUELO ÁLVAREZ CARRO. ARGENTINA

Llega a la oficina y una vez más, ruega que sus compañeros no descubran el secreto.

En su escritorio encuentra un ramo de rosas, cómplices.

Cuando cae la tarde, sus ojos tropiezan con el periódico del día, que alguien descartó sobre la biblioteca.

Con letra destacada, debajo de la fotografía, ella lee: Prestigioso abogado, viaja hoy junto a su esposa...

Toma un papel y firma su renuncia como secretaria.

Abre la ventana del décimo piso y un grupo de sorprendidos peatones, miran intrigados hacia el cielo, tratando de encontrar la explicación de esa lluvia de rosas, que caen sobre ellos.

SANGRE

ÁRSEL MANUEL ÁLVAREZ MARCO. ESPAÑA

El cuchillo de cocina había quedado entre los pliegues de la falda. Lo había olvidado después de manosearlo inquieta mientras esperaba. Y es que las cosas no se dan cuando se piensan hasta la obsesión, de hecho, aquí nada sucedió según el plan: su cuerpo ya temblaba cuando se sentó a su lado. Él se aproximó queriendo abrazarla y el filo blanco mordió su estómago.

Los cuerpos se quedaron muy rígidos. Miró incrédula la sangre roja en sus manos sin entender de quién era. Cerró los ojos y de pronto, a su alrededor flotaron recuerdos.

RECUERDO

LIA ISABEL ALVIAR RAMÍREZ. COLOMBIA

Antaño Quiceno tenía una tienda más de pueblo que de barrio. Vendía golosinas para niños; vendía cosas serias para padres y madres; ungüentos, chorizos, alfileres...

En la tienda Quiceno ofrecía queso fresco envuelto en hoja de plátano, y sin falta había que degustarlo. Rompía un poco la hoja e introducía su uña larga como una navaja. Cual cuchara la acercaba a la boca la clienta, que veía con horror la mota blanca de queso delante de otra café con grumos de no se sabe.

Quiceno vivía solo, no era amigo ni del agua; la clientela recelosa degustaba y... finalmente le compraba.

EL SOL GOLPEABA

OSVALDO ALZARI. ITALIA

El sol golpeaba los vidrios y bañaba el rostro del hombre tendido en la cama. Muerto. La mujer rubia se vestía sin prisa. Cuando estaba por salir le destinó una mirada de lástima. Era apuesto. Bueno, fue.

Cogió su cartera y extendió la mano hacia el picaporte de la puerta que se abrió como golpeada por un huracán.

Un hombre idéntico al que yacía en la cama le impedía el paso. La mujer gritó, el hombre bramó, el que yacía en la cama se quejó.

La mujer explotó como un bomba racimo, todo se cubrió de rojo y yo eyaculé mientras Rita me clavaba las uñas en la espalda.

LA CIRUGÍA

ROCÍO ANTÓN CORTÉS. ESPAÑA

La cirugía no había servido de nada. Ni una sola arruga, pómulos perfectos y unos carnosos labios dispuestos para el beso. Pero él seguía viendo a Lola.

La próxima vez utilizaría el bisturí para clavárselo.

ESPACIO

LAURA ARCHILES SÁEZ. ESPAÑA

Apenas entra luz por la ventana. Las cosas que Raúl ha ido trayendo se interponen entre el sol y yo. Sin luz la casa parece más pequeña y fría. Raúl ronca a mi lado. Desde que se instaló en mi casa he ido notando que los espacios se reducen: antes, llegar al baño me costaba cinco pasos; ahora, solo dos. Raúl sigue durmiendo. Y yo noto un escalofrío. Me levanto y tropiezo con sus cosas. Me acerco a él, lo tiro de la cama y la luz comienza a entrar por la ventana. Una sensación de calor me invade. En cinco pasos llego al baño.

EL LAGARTO

CARLOS ARDOHAIN. ARGENTINA

Cuando se despertó tenía el aliento espeso, ronco, desconocido.

Sentía el cuerpo zoomorfo, la aspereza de las escamas que rozaban el algodón de la sábana; abrió los ojos y vio su cuarto deformado por una visión que le era ajena, en un segundo entendió todo.

Pensó con asombro: soy Samsa. Trató de encontrar alguna clave en la noche que estaba abandonando, quiso creer que podía ser el sueño de un emperador o la fantasía de un escritor, y, antes de escuchar los indefectibles golpes en la puerta, se arrastró pesadamente hasta la ventana y se dejó caer al vacío.

DIÉGESIS

PABLO SERGIO ARIAS BARRERA. COLOMBIA

Una matrona ante el fuego contaba que una vez un hombre había dicho, que se había enterado, por boca de un peón al que alguien dijo, que X había conversado con Y, y que Y había hablado de una matrona que ante el fuego contaba que una vez un hombre había dicho, que se había enterado, por boca de un peón al que alguien le dijo, que Y había conversado con X y que X había hablado de una matrona que ante el fuego contaba que una vez un hombre había dicho, que se había enterado...

SE ENCONTRÓ UNA PUERTA

JAVIER ARRIERO RETAMAR

Se encontró una puerta tirada en la calle. Le dio pena.
La recogió y le hizo una habitación.
Ahora vive dentro de ella.

CRISIS DEONTOLÓGICA

KERMAN ARZALLUZ ARREGUI. ESPAÑA

—Te hemos operado tres veces. Ahora tienes que descansar y recuperar fuerzas. ¿Cómo te llamas?

El cuarto día, Ahmad suda la anestesia.

El quinto, destila la deshonra frente a las enfermeras que le lavan las heridas; y llora su deber.

El sexto, los cirujanos le exploran para evaluar su mejoría y Ahmad les hace saber que las pequeñas momias que llenan los pasillos son objetivos fallidos.

—Si salgo de esta volveré a intentarlo.

El séptimo día van y vienen, pasan junto al postrado, lo miran y se miran entre ellos sin decir nada. Aire de Shabbat. Serios, muy serios.

LENGUAJE DE CRUCIGRAMA

ALICIA BALZO PELLICER. CHILE

Sujetando entre sus finas pinzas la albísima y odorífera pitimini que su galán le otorgó en señal de eros, Clarisa aplicole un dúo de tiernos ósculos en plena napia a la robusta rubeta, que parecía fenecer sobre la ardiente sábula del yermo.

Léase:

Sujetando entre sus dedos delgados la rosa muy blanca y perfumada que su novio le regaló como muestra de amor, Clarisa le dio dos besos tiernos en plena nariz a una robusta rana que parecía morir sobre la ardiente arena del desierto.

PALABRERÍA

DOLORS BARCHINO RICARTE. ANDORRA

Se arremolinaron alrededor del viejo diccionario. Las osadas, entraron sin llamar por la primera página. Otras, las huecas, ni se alteraron al ser derribadas por las más sabias. En el índice se situaron las cobardes y todas juntas admiraron en silencio la llegada de la palabra libre. Las ingeniosas correteaban por las hojas arrugadas mientras las de la cubierta formaban un relieve con letras de oro. Dentro, las vacías se cogían entre ellas para no desvanecerse en el aire. Pero todas empezaron a temblar cuando se acercó despacio, envuelta de terror, la palabra FIN.

EL ARTE DE CIRCUNVALAR PUEBLOS

PEDRO BAREA OBISPO. ESPAÑA

Como es bien sabido el arte de circunvalar pueblos debe resolver dos problemas. Uno tiene que ver con la resistencia del pueblo a ser circunvalado, gracias a su irritante actitud de agujero negro con los vehículos. El otro no es la proverbial oposición de los vecinos a ser expropiados, sino la toma de datos para poder redactar el proyecto. El primero lo libramos cantando una milonga, quizá dos, pero el segundo supuso penosas encuestas durante meses para fijar los lugares de mayor emoción simbólica del entorno. Costó, aunque al fin pudimos pasar el trazado de la carretera por encima de ellos.

CRIMENTAL

DELFIN BECCAR VARELA. ARGENTINA

Luego de que lo abandonara supo que la única opción que tenía para continuar con su vida era eliminar de su memoria cada vestigio de su ex mujer, debía desterrarla al olvido.

Un arduo trabajo psíquico de hipnosis y control mental le permitieron que en su memoria no quedara ningún rastro de ella: había logrado suprimirla, ya no existía.

Su esfuerzo mental por eliminarla había sido tan poderoso que jamás logró entender por qué, allá en febrero de 1984, lo condenaron por el asesinato de una fulana que nunca había conocido.

BEATRIZ

DOUGLAS BOLÍVAR. VENEZUELA

Beatriz ponía un perolito de leche en el piso y se colocaba a dos metros, sentada en el suelo y con el mundo abierto. Como si le estuviera hablando a un cachorrito, ordenaba que lengüeteara el alimento. Si levantaba la mirada me reprimía. Yo seguía alimentándome. Luego giró una nueva instrucción: que sacara el hocico del perol e hiciera como el animal que empieza a oler al aire porque ha detectado un aroma de su interés. Ella ha extendido una raya de leche que desemboca a su cueva. «No chupes, lengüetea». Beatriz se retuerce de dolor y al calmarse pide al cachorro que se eche y se duerma.

LA VIDA ES SUEÑO

GLORIA BOSCH MAZA. ESPAÑA

La vida es sueño, le susurró a su gata Mileidi. Sabía por qué lo decía. Había estado veinticinco años esperando una señal de aquella mujer. La espera no le impidió conocer otros cuerpos, desear otras bocas, pero siempre había un hueco por donde aquel rostro se colaba. Ella jamás respondió a sus cartas. Ahora en el umbral de los cincuenta volvía a verla, casada con dos hijos y la misma sonrisa de antaño. Al desplegar la carta del restaurante donde se citaron, se hizo el silencio. Duró una eternidad pero al fin se decidieron. Una pidió carne, la otra pescado.

LA INSPIRACIÓN

WENCESLAO BOTTARO. ARGENTINA

Antes de que el tren se detenga, salta y echa a correr por el andén. Pasa por encima de los molinetes y cruza suicidamente la calle para montarse en un colectivo que justo está arrancando. Algunas cuadras más adelante combina con el subte, baja en la última estación y sale corriendo como una loca. Pasa las esquinas sin mirar hasta que llega a un edificio. Sube por las escaleras hasta el tercer piso y atraviesa la puerta de uno de los departamentos. Jadeando, le susurra al oído al escritor que en ese momento está por cerrar su libreta: «Antes de que el tren se detenga...».

ES DE NOCHE

IGNACIO CABELLO ALBENDEA. ESPAÑA

Es de noche. Recuerdo. Estoy yo. Me siento en el columpio helado. Mi padre está detrás. Nieva. Le pido que me empuje y comienza a canturrear algo indefinido. Me resulta extraño. No sé por qué me empuja tan fuerte. Me agarro bien a las cadenas. Miro hacia arriba. No parecen nubes. El ruido largo de un avión y después ya no oigo a mi padre. Tampoco siento su impulso. Solo me mueve la inercia. Silencio. Miro. Una farola. Caen grandes copos. Aprieto con fuerza las cadenas. Recuerdo. El columpio está a punto de detenerse. Mi padre. Sigo sin oírle. Demasiado silencio entonces. No sé si mirar atrás.

ESCUCHA LLOVER

EMILIO CACHEIRO DIÉGUEZ. ESPAÑA

Escucha llover. Piensa. Ya no llueve. Ya no piensa. Ya puede dormir.

REVANCHA

DANORYS CALERO. ESPAÑA

Tiras la carne sobre la mesa y, con la habilidad de un gourmet, vas separando, lentamente, trozos pequeños.

Masticas.

Los jugos te seducen casi sexualmente.

Tu primera comida sin él. No dudaste celebrar en grande.

Debes admitir que todo lo que has aprendido en la cocina, parte de la observación minuciosa de cada uno de sus movimientos.

Limpias celosamente el cuchillo con la servilleta.

Él te enseñó a utilizar el cuchillo.

Recoges las sobras y las guardas en una bolsa de papel.

Vas a la nevera.

Calculas.

Los brazos y las piernas deben alcanzar para dos comidas más.

LUCHA DE SEXOS

ISABEL CAÑELLES LÓPEZ. ESPAÑA

Lo vi allá a lo lejos, parado en mitad del camino, agitando los brazos y gritando: «¡Para! ¡Para!». Yo seguí pedaleando y le grité, a mi vez: «¿¡Por qué!?». Y él repitió: «¡Para! ¡Para!». Hasta parado quería estar por delante, maldito cabrón.

NAZCO

ALFONSO CARDENAL REGUEIRO. ESPAÑA

Nazco. Cuna. Cama. Colegio. Amigos. Risas. Primer amor. Obligaciones. Carrera. Segundo amor. Becario. Asalariado. Contrato. Adiós padres, adiós amor. Casa propia. Trabajo. Hipoteca. Nuevo amor. Curro aburrido. Diez horas suyas. Tres semanas de vacaciones. Días largos. Noches cortas. Poco sueldo. ¿Boda? Hijo uno. Menos pelo, más dinero. Engordar. Duermo menos. Más trabajo. Más barriga. Segundo hijo, menos amor. El tiempo no es mío. Demasiada mierda, ninguna risa. Divorcio. Alquiler, pensión, hipoteca, manutención. Cinco años, diez, veinte. Nietos, soledad, silencio. Hospital, cama, muerte.

MAMÁ ERA UN POCO RARA

ANA MARÍA CASTILLA CLAVERO. ESPAÑA

Siempre habíamos sabido que mamá era un poco rara. Una señorita del barrio de Salamanca encerrada en la pampa argentina, donde crió ella sola a cuatro hijas revoltosas, mientras mi padre andaba en sus negocios y correrías. Luego, cuando llegó el ansiado varón, tuvo que perderlo trágicamente con un añito. Nadie sino yo se dio cuenta de que mamá estaba realmente loca hasta que la vi inclinarse sobre la bañera con mi bebé de dos semanas en sus brazos, con la misma sonrisa helada que, escondida en un rincón de mi memoria, recordaba haberle visto la noche en que mi hermanito se ahogó en la bañera.

TED, FRED & ED

MIGUEL ALFONSO CASTILLO FUENTES. COLOMBIA

Fue la mano derecha de Ted la que encendió el motor, lo sé por el anillo de Mickey Mouse. Atrás, Fred hizo una combinación tan fuerte que no dejaba de decir estupideces y temblar. Yo solo hundí el pie en el acelerador porque es esa la forma de reaccionar si un auto se enciende, llevarlo al máximo, hasta que las líneas de la carretera se vuelvan una única y extensa excusa blanca para cualquier cosa. Y después, sentir que todo se detiene con un golpe sin ruido.

Pero insisto, fue Ted el responsable de todo.

PEQUEÑA NAVE

EDUARDO DANIEL CONSALVO. ESPAÑA

Pequeña nave extraterrestre camuflada de mosca, recoge datos en el metro de Buenos Aires. Objetivo: un turista español y un nativo porteño.

—¿La estación Caiao? Uno pregunta sin sacarse los cascos del mp3. La respuesta demora.

—¿Pasamos Cayao? El otro, también con auriculares.

La nave transmite: Comunicación escasa. Manejan el mismo código, pero a la vez lo desconocen.

—¿Caiao?

—¿Gayardo?

El tren para en Callao, ambos bajan. La mano de un pasajero golpea la nave.

Último mensaje: Seres primitivos. Emiten sonidos sin sentido entre ellos. Fuimos descubiertos. Bajamos en Gallardo o Callao.

CONFIANZA

ALICIA SUSANA CRESPO. ARGENTINA

Tras la persecución de la que fue objeto se resignó y se entregó.

El pobre no sabía a qué iba a enfrentarse y con confianza alargó el cuello como queriendo ver más allá.

El hombre no le dio tiempo y su cabeza fue a parar con las otras al recipiente de la basura.

En menos de un minuto lucía su desnudez avícola en la olla del caldo.

Y AL SEXTO DÍA

ALFREDO DE ANDRÉS RAMOS. ESPAÑA

Y al sexto día dijo Dios:

—¡Sea la física!

Y de inmediato notó que su poder disminuía con el cuadrado de la distancia.

PURÉ INSTANTÁNEO

JUAN PABLO DELEAU. ARGENTINA

Rosa Clarito le dijo: «Te espero en la puerta del cine a las cinco». Raúl Tuneado se apareció dos horas más tarde en un auto mosquito, con llamas pintadas, caños cromados y un pochoclo extradulce pasado. Rosa Desalida lo miró a las siete con los ojos entumecidos por la oscuridad. Raúl Tarde extendió el pochoclo. Rosa Nalgasrosadas giró tan rápido que la falda tableada se le subió hasta la cintura. Raúl Instantáneo trepó al torpedo y preignición vio por el espejo retrovisor a Rosa Apetitosa perderse.

A setecientos kilómetros por hora todo esta demasiado cerca.

SERMÓN

DANIEL DE LEO. ARGENTINA

Y el pastor continuó diciendo:

—Porque Dios es generoso nos ha dotado también de diez dedos en las manos. Pero diez dedos son demasiado, un regalo inmerecido. Más aún, son un privilegio que, por pecadores, tenemos el deber de rechazar. De todo cuanto nos ofrecen tomaremos solamente lo justo y necesario. Por eso he aquí mi propuesta.

En ese punto, el pastor alzó la mano derecha, una mano semejante a un extraño molusco. Como dos cuernos alborotados hacía agitar los únicos dedos que le quedaban: el meñique y el pulgar.

COGIÓ LAS GAFAS

ESPERANZA DELGADO JIMÉNEZ. ESPAÑA

Cogió las gafas para ver el resultado. ¡Dios mío! La raya del ojo parecía una carretera de montaña y el carmín se le corría a través de los surcos del labio superior. Era el día del bautizo de su primer bisnieto y ella era la madrina. No podía ir así. Le entraron ganas de llorar, parecía un shark-pei; aún recordaba cuando su pulso era firme y su vista estupenda. Bueno, al fin y al cabo ahora se podía permitir algunos lujos, como no usar faja o decir tonterías que nadie escuchaba. Se desmaquilló minuciosamente y se echó a reír delante del espejo. Daba igual, seguía pareciendo un shark-pei.

EL JUEGO

CARLOS DEL OLMO GASCO. ESPAÑA

En el cielo, un ángel pícaro pone sobre la hierba una caja. Sobre ella tres cubiletes. Debajo de uno mete la bola.

—Hagan juego, señores.

Dos muchachas miran al ángel, se atusan el pelo con los dedos, ríen alto, se acercan.

—¿Qué dicen las señoritas? ¿Desean probar?

Ponen sus manos sobre la caja, paladean el sabor vertiginoso de lo incierto.

—¿Qué nos jugamos tú y yo, alma mía? —pregunta a la más bonita— ¿La túnica, quizás?

La muchacha enrojece, le sonrío, se echa el pelo detrás de la oreja, busca en los ojos del ángel el abismal remolino de una conjura.

CERRÉ LA PUERTA

HERMINIA DIONIS PIQUERO. ESPAÑA

Cerré la puerta sin ruido. El doctor Lemon yacía en el suelo de la biblioteca con los ojos abiertos, su mirada me recordó un reloj golpeado deteniendo en sus manecillas el instante de la vida: él no volvería a pestañear nunca. Dejé el servicio de té en la cocina y telefoneé a la policía. Esas fueron las instrucciones que me dio la señorita Amapola, mientras limpiaba la sangre del candelabro con sus guantes de hilo holandés y luego los lanzaba al fuego de la chimenea. No pensé que los aborreciera tanto, aunque solo soy un mayordomo soltero y nada entiendo de encajes ni de odios femeninos.

LOS PECES SUEÑAN

LUCÍA CLARA DI SALVO LEÓN. ARGENTINA

Los peces sueñan, por eso pinto la casa de azul y acerco la pecera a la ventana (ninguno notará dónde el cristal principia y dónde el mundo acaba). Desorientados, confundirían los azules: entrarían y saldrían del cielo (o del agua); no sabrían si volar o nadar. La libertad también se confunde, se vuelve cada vez más azul. Se desparra- ma por la casa, gotea por las paredes, se fuga por la ven- tana y cae en los sombreros de las señoras o en la copa de dos borrachos. Así, la pecera se vuelve cada vez más pequeña y el azul cada vez más grande para los peces de colores que no conocían la libertad.

CÍCLICO

JOSÉ MANUEL DORREGO SÁENZ. ESPAÑA

Aquella mañana los indios bajaron de las montañas dispuestos a acabar con los intrusos. Armados hasta los dientes y tras una cruenta batalla, acabaron con el enemigo. Ahora el valle les pertenece. Tan solo arriba, en las montañas, permanece un pequeño grupúsculo de supervivientes. Entre ellos germinan el odio y la sed de venganza. Aún habrá de pasar algún tiempo hasta que se reproduzcan, se organicen y se armen hasta los dientes. Solo entonces bajarán de las montañas y acabarán con los malditos indios, de entre los cuales quedará un puñado de supervivientes sedientos de venganza.

DESASTRES DE LA GUERRA

EDUARDO ELÍAS ROSENZVAIG. ARGENTINA

Escapaban de la guerra. Papá con sus padres y mamá, huérfana de guerra, sola con un tío. Ella con catorce años y él con dieciséis, ambos alemanes de un pueblo donde cualquiera era rubio, así que el casamiento en el barco fue decisión de mis abuelos y el tío para no perder, decían, la pureza de los ojos negros. Los hicieron conocer en el barco y casaron. Otra raza es inútil, repetían. Fueron a vivir a colonias alemanas donde nació yo. Educado en sus principios, sé hablar muy poco alemán. Me acuerdo de las malas palabras, ejemplo *wir gehen zum Bett...* que significa yo te amo.

MIRÓ LA IMAGEN

MARÍA CRUZ ESTADA ACEÑA. ESPAÑA

Miró la imagen de su niño reflejada en el espejo y, mientras le aseguraba que el ojo de cristal le quedaba muchísimo mejor a él que a su primo, maldijo interiormente al testarudo de su padre, que se empeñaba en besar a los nietos sin sacarse el mondadientes de la boca.

EL PINTOR CALLEJERO

SILVIA ESTELA MOTTES. ARGENTINA

Sobre la pared había un dibujo por demás peculiar. De esos que se dicen arte moderno. De esos que se encuentran sobre los vagones del subterráneo. De esos que adornan las calles en los suburbios. De esos que se hacen con aerosoles de colores.

Creí reconocer alguna cara. Lo miré con detenimiento. Una sensación de *déjà vu* me trajo el recuerdo de unas fotos vistas recientemente. No estaban en igual posición ni con igual gesto. Sonreían, parecían contentas al ser retratadas. Todas están en la carpeta del asesino serial que aún estamos tratando de encontrar en la zona.

ÁMBAR

PAULA FALASCHI. ARGENTINA

Un escarabajo de dorado caparazón, con un elevado amor por sí mismo y delirios de posteridad, puede ser un asunto complejo. Sobre todo si se halla en proximidad de una conífera vanidosa con deseo de usar pendientes.

PITIDOS

JESÚS FERNÁNDEZ SALIDO. SUIZA

Casi se me cae el alma a los pies cuando mi paso por el detector ocasiona ese pitido estridente. El guarda me indica calmadamente que me eche a un lado y vacía mis bolsillos, examina las suelas de mis zapatos, me cachea con la mayor discreción posible. Me pide que vuelva a pasar por el detector, aunque esta repetición inútil solo resulta en un estallido de la alarma aún más provocador. Lo intenta disimular, pero noto cómo empieza a perder su plácida amabilidad:

—La cartera —me dice batiendo nerviosamente las alas—, compruebe si tiene algún pecado venial en la cartera.

LA PARED

FRANCISCO FERNÁNDEZ URBINA. ESPAÑA

La pared filtraba la luz de la luna a través de los agujeros de las balas, proyectándolos en la pared opuesta. Said, sentado en su rincón, jugaba con su imaginación dando vida a los puntos de luz hasta que el hambre y el cansancio le vencieron.

—Said, hijo, ven a la cama, te estás quedando dormido.

Said se tumbó sobre el desnudo y raído colchón. La brisa silbaba al pasar por los agujeros.

—Mañana taparé esos malditos agujeros.

—¡No, padre, por favor!

Said sintió en la cabeza la caricia de su padre. Volvió a mirar a la pared.

—¿Qué miras Said?

—A mamá.

GRIETAS

RICARDO FERRANDO PÉREZ. ESPAÑA

Nos mudamos cuando Clara nació. El piso era antiguo, pero amplio y luminoso. Al año, la nena correteaba alegremente por la casa. Sus cosquillas no parecieron molestar entonces al viejo edificio, pero en invierno las paredes comenzaron a crujiir. Los vecinos se marcharon con las primeras grietas. Nosotros no teníamos dónde ir. María y yo evitábamos que Clara descubriera el miedo en nuestros ojos. Cuando cayeron los primeros trozos de talla en el salón, tuvimos que hacer vida en la cocina. Hoy hemos tenido que trasladarnos al cuarto de baño, pero los puntales están cediendo otra vez.

PROHIBIDO LLAMAR AL TIMBRE

SERGIO FERRANDO SOLER. ESPAÑA

Así rezaba el cartel que había encima de esa puerta que no llevaba a ninguna parte. Cuando era niña le gustaba dar vueltas alrededor de ella imaginando que existía un mundo diferente a cada lado. Ahora no jugaba, le tenía demasiado miedo.

Por fin un día la curiosidad ganó y atemorizada llamó al timbre, estuvo esperando unos segundos y de repente oyó cómo se abría la puerta.

Parecía que nada hubiera pasado cuando atravesó el marco y vio que estaba en el mismo lugar, pero ella sentía que algo no marchaba bien. «Mañana volveré a intentarlo» se dijo.

RECICLAJE

DAVID GALLEGO BARBEYTO. ESPAÑA

Es un invento, dice él. Acaba de volver del instituto y afirma que la religión es de ignorantes. En la cocina, rezongando, mi nieto me ayuda a separar los cartones del resto. Le acerco una pila de periódicos viejos, agarro el bastón y salimos. Camino de los contenedores, sigue explicándome que no entiende que alguien en su sano juicio crea en Dios. La fe es una bobada, una gilipollez, dice. Llegamos. Meto la mano en el hueco y pierdo de vista el fardo de cartón. ¿No te parece?, me pregunta. No respondo. Luego arroja los periódicos y juntos proseguimos la liturgia del reciclaje.

EL PARDO

DELSIO EVAR GAMBOA. ARGENTINA

El Pardo tenía fama de malo. Llegaba al boliche y cundía el miedo en la gente. Esa noche, al entrar, todos lo saludaron con temor. «Buenas noches, Pardo», «Cómo le va, Pardo», «Pardo, qué se sirve». En una mesa un hombre miraba su pequeña copa, callado. El Pardo lo encaró: «Y vos, ¿por qué no saludás, eh?». El otro no habló. Ahí el Pardo tomó la copa, la bebió de un trago y la estrelló contra el piso. «Don Pardo, mi vida es un fracaso... me quiero suicidar, viene usted y me toma el veneno...».

JACK

MIGUEL ÁNGEL GARA. ESPAÑA

¿Para qué es ese cuchillo, Jack?

VACÍO

JUAN GARCÉS DIEZ. ESPAÑA

Entró en la armería. Compró un revólver. Entró en el banco. Mató al cajero. Mató al Director. Entró en la Cámara. Dentro, nada. Vacío.

Despertó sudoroso. El cuerpo mojado, la boca seca. A su lado, nadie.

Se levantó. Fue al salón. A la cocina. Al cuarto de los niños. Nadie. Vacío.

Salió a la calle. Entró en la armería. Compró un revólver.

LA IGLESIA

ESTHELA GARCÍA. ECUADOR

La iglesia del pueblo estaba cerrada, los habitantes esperaban ansiosos afuera, todos menos una. Ella: la panadera huérfana que vivía al final de la calle. El cielo amenazaba con lluvia. Era la hora de la primera misa del domingo, nunca el padre se había demorado en abrir. Las campanas no repicaron.

Las palomas revolotean curiosas algunas y otras lo miran todo, desde las cornisas. Ellas saben que desde hoy, no habrá ni misa ni pan.

PRISIONERO

VÍCTOR GARCÍA ANTÓN. ESPAÑA

A veces, camino del calabozo, la novia de Fran aprieta las esposas tan fuerte que me deja marca para varios días.

«No vale —le digo—. Cuando hago de malo, tú enseguida gritas ¡Policía, alto o disparo! Yo me quedo como una estatua y me llevas prisionero al calabozo aunque tengo los pies planos. En cambio, cuando me toca ser de los buenos, tú muerdes, das codazos y te escapas. Por más que apunto con la pistola y grito ¡Alto o disparo!, te largas corriendo y no haces caso».

«Pues dispara», escupe a mi espalda la novia de Fran y aprieta las esposas tan fuerte que no hay manera.

MI ABUELA

RAFAEL GARCÍA MARTÍN. ESPAÑA

Desde hace algunas semanas, mi abuela me acompaña mientras desayuno, antes de ir a clase. Me gusta charlar con ella y que me cuente historias de cuando mi padre era pequeño, en el pueblo. Todo iba muy bien hasta esta mañana, camino de la facultad, cuando, de pronto, he recordado que mi abuela murió hace siete años. Me estremecí al pensar que lo había olvidado, aunque lo que ahora me aterra es no saber quién se hace pasar por mi abuela y se cuele en mi cocina cada mañana para contarme historias que ya nadie recuerda. De repente todo se ha vuelto negro y no me atrevo a volver a casa.

AUGUSTO MONTERROSO

EDGAR ALLAN GARCÍA RIVADENEIRA. ECUADOR

Augusto Monterroso leyó su cuento considerado el más pequeño del mundo: «Cuando despertó, el dinosaurio continuaba ahí». La gente del auditorio aplaudió encantada ante un objeto tan frágil y refulgente como una miniatura china. Temblando de envidia, un escritor, entre el público, le increpó: «¡Eso no es un cuento!, ¿cómo se le ocurre decir que es un cuento?». Augusto pareció dudar un segundo, pero en seguida respondió con aplomo: «Tiene razón, señor, no es un cuento, es una novela». Bajo el estruendo de las risas, el envidioso despertó; para su sorpresa, Augusto Monterroso continuaba ahí.

NOTA DE SUPERMAN

HUGO GARCÍA ZARYTUS. ESPAÑA

Julia:

Sebas está conmigo. Tranquila, mi madre continúa con su custodia. El chico y yo nos piramos mientras ella estaba en el súper. No te pongas tonta y el Juez no se enterará. Hoy iremos a la Rúa del Carnaval de Sitges con unos amigos disfrazados de Superman. Sabes, cuando compramos la capa, la bolsa traía una etiqueta: Esta capa no sirve para volar. Sí, coñas de Carnaval, pero me dio una idea que a Sebas le encantó. El martes probaremos la capa lanzándonos desde la Torre Atarazanas, aunque podemos no hacerlo si tú retiras la denuncia por malos tratos.

Tuyo, Ramón.

LA DERIVA

JORDI GARRELL HELICES. ESPAÑA

Había estado notando la deriva largo tiempo, sintiendo las ataduras en los pies, en las manos. Luchó largo rato y sucumbió, y volvió a recuperar, más tarde, la certeza de seguir vivo. Flotaba, y la sensación le producía un mareo constante que le embotaba el pensamiento. Siguió luchando y liberó sus manos. Se remojó la cara, bebió, descubrió que estaba salada. Fue entonces, capaz de mirar más allá, cuando vio, cuando comprendió: miles de balsas, miles de náufragos sin rumbo, los ojos vendados, atados de pies y manos, las ropas raídas, el océano, la deriva.

ERROR VICTORIANO

SERGIO IVÁN GARZÓN CLEMENTE. MÉXICO

Cansado de mentir a su mujer acerca de sus salidas nocturnas y el hedor a alcohol, sexo y sangre con que regresaba en la madrugada, el doctor decidió poner fin a su doble vida. Tomó el revólver y apuntó sobre su corazón derecho. Disparó.

Años después, en su lecho de muerte, la anciana esposa aprovechó su último hálito para reconocer al marido fiel, decoroso y moderado que Dios le había concedido. El viudo sonrió amargamente: muy en el fondo sabía que mató al hombre equivocado, pero ya no tuvo la bizarría del otro para corregirlo.

EL CONEJO Y ALICIA

VALERIA CAROLINA GASCÓN GRAJALES. MÉXICO

El conejo ve a Alicia sentada en el patio. Ella llora. No sabe que él la observa. Que sabe de su tristeza. De los golpes que aún le queman la espalda. Del miedo que no la deja dormir. Que a sus ocho años ya aprendió a mentir y cambiar de tema. El conejo sabe de eso. Fueron tiempos oscuros. Reconoce la mirada de Alicia. La misma que su hija alguna vez le lanzó. El conejo quisiera explicarle. Decir cuánto lo siente. Sus miradas se cruzan. Se saben descubiertos. Entonces hacen lo que se supone deben hacer. Él mueve la nariz y pega saltos. Ella ahoga el llanto y corre hacia el columpio del jardín.

EL PERRO DE PAULOV

ENRIQUE GASTÓN DE IRIARTE MARCOS. ESPAÑA

Salivaba cuando oía la campanilla, cuando le ponían la comida y hacían sonar la campanilla, cuando le ponían la comida sin acompañamiento musical y en cualquier otra situación en la que su dueño estuviera presente.

Todo ello condicionó a Paulov para devolverlo a la pajarería. Tras una ardua negociación, se lo cambiaron por un hámster (el famoso hámster de Paulov) y dos peces de colores (los no menos famosos peces de colores de Paulov).

Murió unos meses después en una perrera municipal. Sin nombre, recordando a su amo. Salivando.

UNA ABUELA EN EL CAMIÓN

NATALIA GÓMEZ DEL POZUELO. ESPAÑA

—¡Mamá! ¡Ven! ¡Corre!

—¿Qué pasa hijo? No me asustes.

—Dentro del camión hay una abuela en una mecedora.

—¿Una abuela?

—Sí. ¿Se puede quedar con nosotros?

—Déjate de bobadas y baja esa caja. Llévala a la cocina.

—¿A la abuela?

—No, la caja.

—Te lo suplico mamá, no tiene familia y nosotros aquí estamos solos.

—¿Cómo vamos a quedarnos una abuela que no es nuestra? De verdad, este niño tiene cada cosa...

Pedrito cogió de la caja el cucharón de los espaguetis, saltó del camión, y recorrió su nueva calle, arañando los coches aparcados mientras murmuraba: Me había contado un cuento precioso.

A LA BUSCA Y CAPTURA DE PROUST

JUSTO LAUREANO GONZÁLEZ GONZÁLEZ. ESPAÑA

Primero fue la «p», tecleada en un ordenador, y el científico recompensó su acción con un cacahuete. Después vino la «l». Y la «a». Así hasta formar la palabra «plátano». Le premió con uno.

Por las noches el chimpancé se queda solo, coge un plátano de la cesta que hay en el laboratorio, y se lo come saboreando con deleite los recuerdos. Después se pone a teclear sin parar toda la noche hasta un poco antes de que vuelva el científico.

UN SOL ARDIENTE

NOEMÍ GONZÁLEZ SABUGAL. ESPAÑA

Un sol ardiente parpadeaba allá arriba. Hacía un calor espantoso y llegaba tarde. Ocupé mi sitio y, como de costumbre, encendí la radio. Al otro lado un tal orsonosequé informaba de que New Jersey estaba siendo invadida. Decenas de naves marcianas caían del cielo en otros puntos del país. La población estaba aterrada. Estupefacto, miré a mi compañero.

Tras la montaña de documentos de la mesa de enfrente asomó una cabeza lisa y brillante, de un verde inestable. Sus tres ojos dorados se clavaron en mí.

—Briii, priii —dijo.

Me agarré a la silla.

—¡Priii, priii! —contesté.

SECRETOS DE PAREJA

JOSÉ LUIS GOTOR TRILLO. REINO UNIDO

Y después de todos esos años, un día, al fin, empezamos a desconocernos. Desde entonces nos amamos con cordura.

MARGARITA

GUILLERMO HERNÁNDEZ BAYONA. COLOMBIA

Margarita aplicó todo su esfuerzo en no llorar. Sabía que cuando Pedro llegaba así, no aceptaba negativas y se comportaba como una bestia.

Soportó en silencio la humillación del golpe y guardó dentro de sí todo su miedo, mientras él tiraba lejos unos raídos calzoncillos y un largo escupitajo. Solía ser rápido entonces. Recordar eso, la alivió. Margarita cayó de bruces, atragantó su boca, sintió el calor de la asfixia apretando su cabeza, y sin saber cómo, mordió su rabia y escupió carne ajena. Pedro confundió el inesperado dolor con el inminente orgasmo; agonizando, balbuceó: «Te amo».

LOS SENTIMIENTOS DEL ASESINO

NIEVES HERNÁNDEZ GONZÁLEZ. ESPAÑA

Sentía amor verdadero hacia su esposa, adoración por sus hijos, y un miedo angustioso de que algo terrible les pudiera suceder.

En cambio, hacia la chica que había enterrado viva en el jardín, no sentía absolutamente nada.

ROCAS

ÁNGEL HERRERO LÓPEZ. ESPAÑA

Aproximándose a las rocas, horrorizado, Atreo descubrió que el cuento no lo estaba contando a él.

LA CAJITA DE NÁCAR

MAMEN IGLESIAS MANJÓN. ESPAÑA

Consciente de mi ausencia, decide curiosear entre mis cosas. El diario resulta demasiado personal para mi madre, que se emociona al descubrir la pequeña cajita de nácar que en su día albergó los pendientes de la abuela y hoy da cobijo a media docena de condones. Tras el hallazgo se queda sin aliento y deja cada cosa en su sitio.

A mi regreso me percató de la palidez de su rostro. «¿Estás bien?, ¿quieres decirme algo?», le allano el camino. «¿Dónde demonios has puesto los pendientes de la abuela?», esquivó nerviosa. La miro incrédula y respondo: «Los llevo puestos».

LA ESCENA DEL CRIMEN

PATXI IRURZUN ILUNDAIN. ESPAÑA

Había sido un viaje largo y confuso. Cada vez que la sargento echaba la mano a la palanca de cambios, yo imaginaba escenas que a mi mujer no le gustarían nada. Después, al llegar a la escena del crimen, apareció la ropa desperdigada sobre la hierba ensangrentada y los remolinos que esta dibujaba, como pliegues de sábanas revueltas en una cama todavía caliente. Y fue entonces cuando, tras realizar una primera inspección, la sargento me miró y dijo: creo que va ser un día muy largo, quizás tengamos que quedarnos en el hostel del pueblo a pasar la noche.

SALTAR

ALEXANDRA JAMIESON BARREIRO. ARGENTINA

Vio que el tren se acercaba y saltó. Temía el empujón de alguien o caer involuntariamente. O voluntariamente. Le daba miedo pensar que un día tendría el temple para dar ese salto. Cuando viajaba le molestaba detenerse durante horas porque alguien había logrado lo que ella no. ¿Habría tomado impulso, carrera? ¿Se habría desmoronado por el borde? Vio dos pasajeros asombrándose mientras apoyaba la cartera como si fuera a volver para buscarla. Ver que viene el tren. Saltar. Dura un segundo y está en el foso rodeada de papeles, botellas plásticas, metal. Vio que el tren se acercaba.

MARCELO

JUAN FRANCISCO JIMÉNEZ TROYA. ESPAÑA

Marcelo tecleaba despacito. Los alienígenas le observaban en silencio. Marcelo no hizo ademán ni de secarse el sudor. Toda su atención estaba puesta en el twitter, mientras trataba de explicar aquello: «Hay tres extraterrestres sentados detrás de mí». Por supuesto, nadie le creyó. Él insistió. Le empezaron a llamar troll. Filtraron sus mensajes. Pronto no le quedó ningún contacto en la red que quisiera escucharle, ningún blog que no le hubiera denegado el acceso. No tuvo más remedio que ponerse a trabajar. Los tres consultores marcianos fueron a sentarse detrás del siguiente ingeniero.

HORARIOS

NANA KÖRKE. ESPAÑA

Son casi las once de la noche cuando Carmen llega del trabajo y se adentra en el silencio de su casa. Sus hijas están dormidas en la misma cama. La niñera les ha puesto los pijamas iguales, el pelo lo tienen limpio y desenredado y las uñas recién cortadas. La mayor protege con su brazo el cuerpecito de la pequeña que tiene una tirita de corazoncitos en la rodilla. Cuando se acerca para darles un beso y se da cuenta de que no reconoce su olor, se echa a llorar.

NADIA

ENRIQUE LASO FUENTES. ESPAÑA

Nadia tardó una eternidad en recorrer los apenas cien metros que la separaban de la entrada. Tuvo tiempo para recordar las palabras de ánimo de su padre, las diminutas manos de su hermana, los ojos acuosos de su madre, los campos de palmeras datileras en los que jugaba a las afueras de Al Khalis... Todo era como un sueño. Su rostro adolescente recogió algunas lágrimas. Cuando llegó a su destino la sobresaltó un hombre rubio que la miraba sonriente. Entonces pulsó el botón del detonador, y su sueño se hizo infinito.

MALEZAS

CAROLINA LINIADO. ESPAÑA

El señor Bertoldi había mantenido varios años una relación secreta con una joven camarera del pueblo vecino. Cuando ella lo dejó, Bertoldi siguió su rutina de hombre corriente, serio y responsable. Sin embargo, sus vecinos notaron que dejó de cuidar el jardín, ahora mucho más desprolijo. Bertoldi sabía que los vecinos se fijaban, pero no se decidía a hacer nada. Se asomaba desde la ventana de su habitación a mirarlo, y con el paso de las semanas y los meses observó cómo el jardín se cubría de malezas, pero nunca habló de esto con sus vecinos, ni ellos con él.

ALMA GEMELA

IVÁN LÓPEZ. COLOMBIA

La mujer oculta tras mi fachada de hombre de negocios se despabiló. Levó anclas al escuchar esa voz pausada y grave; posó la mirada en sus manos varoniles; leyó en sus cejas profundas y en el ceño preocupado el afán de protección; y reconoció en los labios delgados la sensación del murmullo que te calienta una tarde de invierno. La mujer que habita en mí, llamó su atención girando suavemente y al descuido, rozó su cuerpo percibiendo la fragancia del cabello revuelto. Desde ese día vivo con Helena; a la hembra que acecha en mí, le fascina revolcarse con el macho que anida en ella.

MONOS

MARTHA REGINA LÓPEZ MORALES. MÉXICO

Un mono pálido más allá de la reja pela un cacahuete, tira el interior, mastica la cáscara. Yo observo curiosa, él me mira en la tristeza de los ojos y sé que al hacerlo reconoce la carga del grito guardado. El mono esboza una sonrisa sarcástica y escupe la cáscara masticada, lo miro queriendo tragar las lágrimas que me calientan las orejas; él parpadea y con un aullido estridente, salta de rama. Me quedo impávida atisbando al vacío y con el rostro exhibiendo los barrotes que lo marcan.

ELLA

JAVIER LUQUE GONZÁLEZ. ESPAÑA

Ella eligió los ingredientes. Minuciosa, pesó el azúcar, dulce, como él. Calentó mantequilla y chocolate, hasta derretirlo, como ella. Volcó en un bol y acompañó de jugo de naranja. Agregó la harina, con una pizca de sal, como la vida. Masajeó para volver la mezcla escurridiza, como el deseo. Añadió coñac, que no hay pasión sin peligro. Mezcló y, pensando en él, recolectó un capullo de masa húmeda y lamió ansiosa de probar. Montó las claras e incorporó virutas de chocolate, para asombrar al sabor y a los colores. Removió y acomodó en el horno.

Y se sentó junto al tiempo, a esperar que pasase.

PACO

RANAH MANEZENCO SILVA. BRASIL

Paco decía a Mamen que le gustaban las mentiras, aunque a ella no. Y argumentaba: si vas a mentir, tienes que hacerlo «a lo grande», sin reírte, para convencer. Entonces, una noche, extasiados después del placer que se brindaron —ella todavía lo disfrutaba recostada sobre él— Paco tomó su rostro con la mano, la miró profundamente y suplicó: miénteme... Mamen, sin desviarle la mirada, puso su mejor «cara de circunstancia» y habló con voz tranquila, al borde de la frialdad: he fingido. Pasaron pocos segundos antes de que ambos explotasen en una carcajada cómplice, y él le gritase: ¡Me ganaste!

UNA DIGESTIÓN PESADA

JOAQUÍN MÁRQUEZ RUIZ. ESPAÑA

Cuando aquella tarde del veintiocho de septiembre de mil novecientos setenta y cinco, el teniente coronel don Francisco Franco Bahamonde despertó de la siesta, se dio cuenta con tristeza de que todo había sido un sueño.

OYÓ EL AUDI

JOSEFA MARÍA MARRERO SANTANA. ESPAÑA

Oyó el Audi. Preparó la mesa. Sintió la llave en la pestillera. Él entró diciendo hola sin mucho entusiasmo y ella contestó con un rutinario hola. Desde hacía seis años ocupaban el mismo lugar en la mesa, y apenas se hablaban desde entonces. Él casi había acabado su plato y la miró sorprendido, ella aún no había cogido su cuchara. ¿Por qué no comes?, y ella le dijo, no tengo apetito. ¿Por qué te serviste la comida?, por tener una razón para tenerte frente y decirte algo, respondió ella. ¿Estás bien?, masculló sin mucho interés, y ella contestó, has tenido que esquivar mis maletas para entrar.

ESCASEZ DE PALABRAS

JUAN MANUEL MARTÍN PUPO. CANADÁ

Derroché muchas palabras asesinando silencio para complacer oídos.

Con 7.305 días todavía que recorrer no me queda más remedio que atesorar vocablos, si quiero tener voz para el susurro final en el lecho de muerte.

2 buenos días, 1 padre nuestro, 2 gracias, 2 de nada, 1 por favor, 3 buenas noches y 1 te quiero serán el límite de mi cuota fija.

De esta manera, si las matemáticas no fallan, me quedarán suficientes palabras para las 116.880 horas aún pendientes después de mis 8 horas diarias de sueño.

Ahora mejor me callo, acabo de gastar otras 100 palabras.

ANA

SUSANA MARTÍNEZ GARCÍA. ESPAÑA

Ana cuenta a sus compañeros de preescolar que hoy toda su familia ha ido a despedirse de papá pues se marcha a un importante viaje. Han ido todos menos ella, no ha podido darle un beso y pedirle que le trajera muchos regalos, por eso se ha enfadado con mamá. Pero ya se le ha pasado porque su profesora la ha nombrado «protagonista del día» y eso es genial. Al salir de clase los mayores dan abrazos a su tía y caramelos a ella.

—¡Tata! —comenta muy alegre Ana nada más entrar en el coche— creo que papá habló con todo el mundo antes de irse para que me cuiden muy bien hasta que él vuelva del cielo.

IMAGINARIO

AGUSTÍN MARTÍNEZ VALDERRAMA. ESPAÑA

Descubrí el mapa de la Isla del Tesoro. Navegué veinte mil leguas en viaje submarino. Perseguí a Moby-Dick. Di la vuelta al mundo en ochenta días. Naufragué en Lili-put. Volé al país de Nunca Jamás. Empuñé Excalibur. Fui caballero andante. Amé a la bella Julieta. Le pellizqué el culo a Lolita. Lloré con Madame Bovary. Me convertí en un monstruoso insecto. Viví cien años de soledad. Dudé si ser o no ser. Viaje en busca del tiempo perdido. Vagué mil y una noches. Dormí en la barca de Caronte. Soñé que la vida era un sueño. Desperté y vi al dinosaurio. Luego, crecí.

SIRVIENTA

DANIEL MENA RAMÍREZ. PERÚ

«¡Sirvienta!» me dijo, y yo le solté un bofetón. Y aquí me tienen, jodida, sin trabajo y sin mis cosas; nada me dejaron sacar. Habrá sido por el tono que usó, o el calor que hace, porque, honestamente, el chico no me insultó, no me dijo «¡idiota!» o «¡puta!», no: me dijo solo «¡sirvienta!». Luego vinieron sus padres y me largaron, claro. Después llegaron ustedes. Todo fue tan rápido... No, no recuerdo haber cogido cubierto alguno como dicen. Sí, antes de salir los vi, estaban los tres en la cocina, muy callados, pálidos. Y quise volver, ¿sabe?, ¿alguien va a tener que limpiar toda esa sangre!

CUENTO QUE FRACASA

OSVALDO ERNESTO MONGELLI. ARGENTINA

Se llama Uriarte. A secas.

Decidí que este relato quede, literalmente, en sus manos.

Uriarte, conjeturé, no vacilará cuando la alarma del despertador suene a las cuatro de la madrugada: la hora prevista para cargar el arma, ganar la calle vacía y esperar en la esquina la aparición de la víctima.

Una brisa ocasional arrastraría las hojas secas y se llevaría consigo el eco del disparo.

Sin embargo, las agujas del reloj certifican las seis de la mañana y mi personaje no despierta.

El cuento ha fracasado.

No se puede creer en nadie.

CADA DÍA ESPERO SU SALIDA

MARÍA JOSÉ MONTIJANO GARZÓN. ESPAÑA

Cada día espero su salida atrincherado detrás de mi puerta. Así, de esta guisa, soy todo ojo.

¡Las siete menos cuarto! Assa sale, da un portazo, llama al ascensor. Inquieta se ajusta la falda, se balancea, creo que siente mi presencia. No puedo controlarme, noto una erección. Llega el elevador, como siempre demasiado rápido. Corro hacia la ventana y ahí está ella, moderna, urbanita, echada para adelante. No puedo dejar de mirarla un solo instante.

Ansioso busco a Assa entre el gentío pero su silueta se va desdibujando hasta convertirse en un punto. El punto.

EL PERRO

CLAUDIA MUNÁIZ. ESPAÑA

¿Dónde está el perro?, le pregunta el hombre a su mujer.

Ésta responde que debe de estar en la cocina, que baje a ver. Al cabo de un minuto regresa a la habitación y dice: ¿Dónde queda la cocina?

Ella responde entre risas que sabe perfectamente que no tienen cocina.

Es verdad, contesta él, y añade que tampoco tienen perro.

Cierto, asiente ella. ¿Por qué no vas a la tienda y compras uno?

Vale, pero ¿dónde está la tienda?

Ni idea, pregúntale a los niños.

¿Qué niños?

¡Cómo que qué niños?! Los que están jugando con el perro en la cocina.

DESERCIÓN

ROBERTO OSVALDO MUNYAU. ARGENTINA

El fuerte había quedado a cargo del sargento Saldívar. —Apresamos un desertor, mi sargento —Dijo el cabo, irrumpiendo sorpresivamente en el rancho que oficiaba de despacho.

—¿Quién es?

—El soldado Saldívar... su hijo —espondió en voz baja, mirando el suelo.

Alzando su cabeza, dejó caer la pluma sobre el libro de novedades. La silueta del soldado, se le hacía cada vez más borrosa.

Restregó sus ojos con la manga de la chaqueta, incrustándolos en los del desertor.

—¿Qué hacemos, mi sargento? —Interrumpió el cabo.

—¡Fusílenlo!

LA SARDINA

LEYRE MURILLO TORRES. ESPAÑA

Debería sincerarme. Si mantengo los ojos cerrados imagino una sardina mascando chicle y a la que, al cruzar la calle, le faltan dos centímetros de cola para ser atropellada; imagino que el viento vuela sus lentejuelas verdosas hasta dejar apenas las espinas. Imagino su raspa caminando de puntillas hasta el amanecer.

HOGARES

CARMEN NARBARTE DEL POZO. ESPAÑA

Entre los objetos más agitados de nuestra casa están las puertas. Son basculantes en todas las habitaciones y parece difícil que contengan su movimiento. Así, golpean a uno de la familia, con el impulso que ha dado el otro. A menudo ese mismo impulso ayuda al otro a pasar sin ningún esfuerzo. Sin embargo, algunos días, se atascan y dejan a alguno de nosotros en la desgracia.

NIEVA EN EL TRÓPICO

MATILDE NURI ESPONA. ESPAÑA

Los pájaros abandonan sus nidos y se dirigen hacia las partes más elevadas de los riscos, buscando la seguridad de las piedras, el silencio de la cima. Desde lejos, otearán paisajes vacíos y esplendentes, exentos de rugosidades, irreconocibles a sus ojos, tan sin flores, tan sin la tibieza de los rayos de sol.

MIEDO

PABLO ANDRÉS OHDE MAINER. ESPAÑA

Sobre cien mil castillos sumergidos, del cristal su luminiscencia, hacia la grandeza imponente que rodea la bahía del Toro. Isla Victoria, oscura sombra del agua en verano, sobre blancos arenales y agudas gaviotas arañando el cielo.

Y nadas, hacia las cumbres eternas, hacia un cielo de inminente claridad, y descubres que la paz conserva la textura de febrero.

Entonces te sumerges en el que quizás sea tu último día perfecto.

Así transcurre el sueño para los hombres que se niegan a los espejos por no poder soportar la vigilia de su mirada.

PARADA A LA ORILLA

JUDITH PADRÓN DE DÁVILA. COLOMBIA

Parada a la orilla del polvoriento camino, miraba a lo lejos con ojos vacíos. Miraba sin ver, con ojos sin lágrimas. Tres meses atrás Gilberto, su hombre, partió a recoger algodón contratado por un sargento que llegó al pueblo reclutando gente para ese trabajo temporal. La paga era buena y el hambre apretaba, por eso se fue.

Ahora Rebeca esperaba el camión del ejército que la llevaría a identificar su cuerpo entre un grupo de guerrilleros muertos en combate, dos meses y veintiocho días atrás.

DIECIOCHO PAREJAS

CRISTIAN PÁEZ. ARGENTINA

Éramos dieciocho parejas y yo. Las luces brillaron y se abrió el telón. Vimos cuatro líneas de butacas que imitaban a nuestra platea y cada espectador era imitado por un mimo. De las risas se pasó a la burla, al insulto, a la batalla campal. En las paredes relucieron los vidrios de una Cámara Gesell. Los setenta y cuatro vimos, entonces, otra platea que nos arengaba con gestos y gritos inaudibles. Luego, ellos descubrieron sobre sus cabezas una cuarta platea observándolos, curiosos y fascinados de ver al circo romano y, a la vez, a los espectadores feroces sedientos de sangre.

VENGANZA

OVIDIO PARADES ÁLVAREZ. ESPAÑA

Araceli, con gran dificultad debido a aquellos problemas reumáticos que terminaron por deformarle prácticamente todas las articulaciones, abrió la pesada caja y escupió en su interior. Aquella saliva, espesa y amarillenta, deslizándose por el rostro sin vida de su marido era solo una pequeña venganza por casi cincuenta años de humillaciones y sufrimiento.

LA VENTANA

MARITZA PARDO HERNÁNDEZ. CUBA

A mi hermano

Yo soy el último príncipe del Sol —musitó Alfredo. Trató de entonar—: ¡Songo le di, songo le da, todo pá tí, todo mamá!

Miró casi con rabia, la ventana de la pequeña habitación. Su respiración se tornó difícil.

Los equipos comenzaron a sonar de forma alarmante. Una enfermera entró apresurada...

—Lindas piernas —pensó— ¡Juan Luis Guerra, quisiera ser un pez...! ¡Dios, me ahogo...!

La muchacha abrió la ventana... Una ráfaga de aire en fuga la desnudó completa.

INSTRUMENTOS

ENRIQUE PARRA VEINAT. ESPAÑA

Enseguida he sabido que la funda de guitarra que llevaba a la espalda estaba vacía. Cada visita, antes de acomodarse en el diván, me relata una de sus pérdidas. En una ocasión le robaron el saxo unos que se la tenían jurada. El violín se lo arrebató un hombre que dijo ser de otro planeta. Incluso lanzó por los aires el clarinete del que salían larvas blancas del tamaño del dedo gordo.

Mientras doblaba la funda, me ha preguntado si mi esposa había vuelto. No, le he dicho; es más, había pensado regalarle su guitarra.

HOTELES

PILAR PASCUAL ECHALECU. ESPAÑA

La gente venía a volar a los hoteles. Son altos, con buenas vistas. La gente debe ser amable y la comida buena. Venimos a los hoteles porque son apacibles y fríos. Pedimos champán para desayunar y caviar cuando cae la noche. Ese sabor amargo en la garganta nos recuerda que aún estamos vivos. Por eso veníamos a los hoteles. Yo lo hice antes de que pusieran ventanas que no pueden abrirse. Antes, la gente venía a volar a los hoteles. Pero yo fui el último que lo hizo. Ahora ya no hay suicidios como los nuestros.

HABÍA UNA MUJER

MARCOS PEREDA HERRERA. ESPAÑA

Había una mujer, la recuerdo de mi infancia, todos decían que estaba loca pero no lo estaba. Solo hablaba haciendo listas, listados. Eso era muy útil, por ejemplo, cuando iba a comprar. Los diez productos que más me gustan. Pero se hacía pesado cuando te saludaba por la calle, y tú eras uno de los doce niños que ella prefería de la manzana, y tu madre una de las tres personas más elegantes que había conocido. Y además, cuando tenía tiempo, te iba enunciando, uno por uno, toda la lista. Está, sin duda, entre las tres personas más molestas que he conocido en mi vida.

LA VELOCIDAD DEL SONIDO

ANTÓN PRIETO CABRAL. ESPAÑA

Nací hace treinta y cinco años, tengo unos dos padres, fui a clases de inglés, de tenis, de windsurf, de teatro, de pintura y de piano, estudié ingeniería informática, me casé a los veintisiete años, tengo unos tres hijos, fallecí en un accidente de coche cuando nos dirigíamos al sur, resucité a los cuatro días, los muertos son unos monstruos de paciencia, y yo no tengo paciencia, no soporto la lentitud, hice una fiesta, vinieron trescientas personas, a ver quién va a recoger y a limpiar todo esto.

EL LOBO AÚN ANDA SUELTO

ZULMA IVETTE QUIÑONES SENATI. PUERTO RICO

Un par de manos grandes hurgan, tocan a tientas y desmiembran. Una explora arriba, manoseando los botones que apenas florecen y la otra abajo, abriendo labios plegados, buscando caminos nuevos, ahondando en el túnel sellado. Los dedos son cerillos que tratan de prender al contacto. Las llamas lo queman.

—¿Te gusta, Adrianita?

—Sí, papá. ¿Ahora me quieres más?

—¡Claro, pero recuerda que es nuestro secreto!

Y el lobo, quitándose el disfraz de padre, se aleja.

LAS LUCES DE MI ABUELA

JAIRO ALFONSO RAMOS JIMÉNEZ. COLOMBIA

Las luces de la habitación de mi abuela han permanecido encendidas durante los últimos cinco años, resistiendo el paso del tiempo, los deseos de la familia, y tal vez del destino, quien de muchas formas ha tratado de apagarlas pero sin éxito. Hoy, después de una larga ausencia, he regresado y de inmediato la he visitado. Me ha visto, sonreído y sus ojos se cerraron. Las luces se apagaron súbitamente. Todos comprendieron que su muerte había llegado.

MÁSCARAS

MAR REDONDO SAMPEDRO. ESPAÑA

Tiran una moneda al aire. Sale cara, lo que significa que el único disfraz, de angelito este año, lo usará el hermano mayor. El pequeño, aunque decepcionado, no echa una lágrima. Le habría encantado llevarlo él. Siempre antes de dormir le desean dulces sueños, con coros de angelitos; pero él apenas sueña y si lo hace no recuerda, o sí, pero nunca angelitos, sino payasos sin nariz, títeres ardiendo, mascotas sin hermanos, lápices de punta fina. Y otro año sin disfraz corre al parque. Una niña al verlo grita, suelta la comba.

—Mira —dice a otra señalándolo—, el demonio.

ELEMENTALQUERIDOWATSON

LUIS FELIPE RESTREPO. COLOMBIA

Luego de examinar el cuerpo, el sa cazdetective mira a los presentes—ahora sospechosos—y, severo, les comunica:

«¡Nadie puede abandonar el lugar; la barra espaciadora fue envenenada!»

EL TURISTA

RAÚL RODRÍGUEZ. ARGENTINA

Habito una mansión en las afueras del pueblo. Salvo por el lago artificial, el paisaje es desolador. Los ranchos se apelotonan dibujando una madriguera. Los domingos llegan turistas de distintos países. Son de una mediocridad morbosa, sangrienta. A nadie le interesa saber que la vasta biblioteca alberga varios incunables. Lo único que les importa es visitar el lugar en el que asesinaron al turista. Las cámaras explotan sus flashes. Cuando se van, me río de los imbéciles. Trabo la puerta y vuelvo a mi cuerpo que sigue flotando en el lago.

VISIÓN

AMADO FÉLIX RODRÍGUEZ ALFARO. CUBA

El presidente comenzó sus palabras detallando los logros de su gobierno en los cuarenta años precedentes. La muchedumbre se veía cansada, con el aliento perdido en el calor bochornoso de la tarde veraniega. De pronto, comenzó una lluvia pertinaz penetrando la piel y entumeciendo los huesos de los oyentes. Brotaron en la multitud miles de sombrillas casi idénticas, diferentes solo por el tamaño de los orificios apreciables en todas ellas. El presidente tuvo entonces una visión reveladora: el resultado de su gestión de ocho lustros era como una enorme carpa de circo agujereada.

HISTORIA DE UN HOMBRE DESCALZO

ÁNGELES RODRÍGUEZ LOSADA. ESPAÑA

Entre la espesa hierba encontró su zapato. Sabía que le pertenecía porque los cordones los había trenzado con dos cuerdas el día de su último cumpleaños. Se lo colocó en el pie izquierdo y no ajustó bien. Repitió la operación con el derecho. Tampoco. Lo guardó, esperando encontrar el que faltaba.

PROTAGONISTAS

SATURNINO RODRÍGUEZ RIVERÓN. CUBA

El héroe de la película fue capturado junto con la heroína. La relación que ambos mantenían databa ya de muchos años. Testigos afirmaron, sin embargo, que el amor profesado por la pareja no llevaba la misma intensidad en las dos direcciones. Aunque él la quería mucho, y en ocasiones había manifestado sus limitaciones de no poder vivir sin ella, de ella era notoria su promiscuidad; se iba con cualquiera. El héroe fue condenado a prisión; la heroína, confiscada.

VERDE

ANDREA ROGEL. ARGENTINA

—Verde, a ver... azul. Un poco de agua y listo. Mañana agregó otro color.

Se tiró en el sofá, dejó caer el vaso sobre la alfombra y miró contemplativa el ambiente.

Todo es color. Muchos colores. Mañana agregó uno nuevo.

—Una verde, una rosa... una azul, y una píldora amarilla. Un vaso de agua y listo.

Se tiró en el sofá y, prendió sin sonido la TV. La vida es un mundo de sensaciones multicolores.

—Un verde esperanza, un rojo furia, un amarillo fuerte, un rosa pálido... un pozo negro y una muerte blanca. Un vaso de agua y listo.

LA CAJA DE ZAPATOS

ALBERTO ROJAS EGUILUZ. MÉXICO

No lo podía creer. Toda su inútil existencia había valido la pena por ese momento. A sus cuarenta años no tenía ningún logro del que presumir, pero sí un hallazgo único que ningún ser humano había tenido el lujo de disfrutar: dentro de la caja de zapatos que estaba por desechar se encontraba un hombre idéntico a él pero de una estatura diminuta. El encanto terminó cuando escuchó que el techo de su apartamento crujía para abrirse. La luz del día lo cegó momentáneamente, pero al poco tiempo la cubrió la cabeza de otro hombre gigantesco idéntico a él que lo miraba con una sonrisa incrédula.

REVELACIÓN

ORLANDO ROMANO. ARGENTINA

Una pareja de novios fue a ver al astrólogo Wan para que les revelara el destino de su amor.

—¿Seremos felices? —preguntaron.

Wan los condujo, en silencio, hasta un dormitorio.

Les dio un brebaje y les indicó, con delicadeza, que se recostaran.

Al cabo de un minuto estaban dormidos.

Décadas de infeliz matrimonio desfilaron, en incesantes imágenes, por la conciencia de los jóvenes. Todo transcurrió en un instante.

Al despertar vieron a Wan, que les decía con sonriente piedad:

—Vivir es soñar, y soñar es haber vivido.

En el lecho había dos ancianos aterrados y moribundos.

MI ORGULLO

BEATRIZ ROMERO BUENASMAÑANAS. ESPAÑA

Sé que está despierto: su respiración va muy deprisa y su cuerpo irradia demasiado calor. Me acerco a él y me detengo a un centímetro de su piel, no quiero perder mi orgullo, pero dejo que perciba mi aliento, que escuche el ruido de mis labios al despegarse, que note mi deseo. Se gira súbitamente y nos quedamos frente a frente. Aún finge estar durmiendo. En un movimiento rápido me coloco a horcajadas sobre sus caderas —todavía sin rozar— y empiezo a deslizar mi pelo sobre su cuerpo, despacio, recreándome en cada centímetro, alargando cada segundo. Sé que no necesito acabar.

EL GATO

RODRIGO RUEDA TAPIA. ESPAÑA

Levanto la mirada para ver el progreso del gato. Estirado, inmóvil, músculos en tensión. Once letras. Pienso. Balanceo el lápiz. «Transitorio». No cuadra. Pelo brillante, collar azul. Frente a él picotea un pajarillo del parque, sobrealimentado, casi obeso. El sol encuentra un resquicio entre las nubes. Entorno los ojos. «Efímero». Demasiado corto. Lucha el instinto contra la opulencia de la vida urbana. El salto es fugaz, el fallo estrepitoso. Tendrá que seguir comiendo pienso. El orondo gorrión alcanza una copa cercana. «Evanescente». Suspiro. Escribo. Un día menos para un viejo más.

EL NIDO

F. JAVIER RUIZ RUIZ. ESPAÑA

Pensar cada curva, dibujar la trazada perfecta. Solo sentir la moto. El paisaje de montañas, ríos y lagunas dentro de mi cabeza. Totalmente relajado. Bajar y luego subir y al final llegar al nido de las cigüeñas negras como tantos sábados. Sacar el trípode, la cámara, los objetivos. Está amaneciendo y huele a monte. La tercera piedra, debajo del arbusto que hay en la segunda arista. No están. Ha sido un búho. Una persona no llega ahí. Dice el tipo de las barbas. Tendrían ya cuarenta días. Me senté. Menos mal que mi mujer me abandonó el martes y no ha venido hoy. Sufriría.

SARA

ROSA SALA ROSE. ESPAÑA

Sara corta nabos para cuando las demás prisioneras vuelvan de la fábrica ansiosas de sopa.

Lotte escupe hastiada por la ventana. Sus dedos juegan con el seguro de la pistola. La luna se refleja en la calavera plateada de su gorra.

Sara sueña con morir mientras corta los nabos. A veces se imagina la belleza de Dresde extendiéndose al otro lado de la ventana.

De pronto la noche se tiñe de un rojo radiante. Huele a azufre. El barracón se estremece a cada bomba. Sara rebana los nabos con pulso firme, pero Lotte tiembla.

—¿Moriremos? —le pregunta con un hilo de voz.

Sara le sonrío por primera vez.

ENGAÑAR A LOS PÁJAROS

JORGE SALVADOR GALINDO. ESPAÑA

El hombre llega entristecido, suspira, no le importa leer una novela a pesar de que la lluvia, siempre implacable con la literatura, estropea el papel y reblandece las páginas. Espera a que cese el aguacero para tocarse con el sombrero y dirigirse al centro de la plaza, donde las palomas le esperan. Primero se acercan con miedo, luego, ya más confiadas, dos palomas se le suben al pie. Poco a poco llegan todas, más de una centena, y el hombre, con los brazos en cruz, se viste de gris y desaparece bajo el sobrecogedor plumaje. Solo entonces, esboza una sonrisa felina.

GREGORIO PRENSA

JULIÁN SANCHA VÁZQUEZ. ESPAÑA

Cuando Gregorio Prensa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se acercó con pasos ajenos hasta la última parte de la casa para descubrir que allí permanecía el desayuno sobre la mesa, la ventana abierta y los rayos de un sol todavía perezoso. Todo estaba ahí, pero ya no lo sentía. No le sorprendió escuchar voces familiares, ni los pasos que se oían por el pasillo, seguramente los de su mujer y los de sus hijos. Gregorio Prensa se acercó al periódico que reposaba sobre la encimera para leer la noticia de su propia muerte.

HEMINGWAY

FRANCISCO JOSÉ SÁNCHEZ COLLANTES. ESPAÑA

Hemingway vive de alquiler en una habitación del piso de la viuda Charlotte. Está obsesionado con la hija de ésta, una joven menor de edad y esto le inspira una novela que trata sobre la relación de un hombre maduro con una menor. Es una idea escandalosa e impensable pero no puede sacársela de la cabeza. Tiene que luchar contra esa obsesión y piensa en irse, a Cuba, por ejemplo, y escribir sobre un viejo pescador que sale a luchar contra el mar para así olvidar, para siempre, a Lolita. Hemingway dejó la habitación y la viuda Charlotte aceptó más tarde como huésped a un tal Nabokov.

DATE POR ENTERADO

RAQUEL SÁNCHEZ DE LA VÍA. ESPAÑA

¿Te acuerdas que te conté que había un compañero del trabajo que coqueteaba conmigo? Hoy me ha preguntado si tenía pareja.

Le he dicho que no.

LA ELECCIÓN

MARÍA NIEVES SÁNCHEZ GONZÁLEZ. ESPAÑA

Junto a la ventana, Adela se mueve inquieta en el sillón que le asignaron.

Cumplió ochenta años, y desde hace dos, vive con ellos.

Su hijo, llega del trabajo. Su nuera lo lleva aparte. Le cuenta, que ella cayó las migas en el suelo, se puso el vestido del revés, y se orinó fuera de la taza. Insiste, debe elegir entre las dos.

Al principio apenas los oye, después se gritan y se faltan al respeto.

Su hijo viene hacia ella, la mira con tristeza, y al fin dice: Que pases buena noche mamá.

Por la mañana, Adela eligió, su sillón está vacío al lado de la ventana abierta.

TRANSE DECISIVO EN LA VIDA DE UN FUTURO ENDOCRINO

MANUEL SÁNCHEZ LÓPEZ-TELLO. ESPAÑA

El chico sale de la boca del metro con una litrona y observa. Mucha gente pedo. Le divierte pensar que con la Lola quizás hoy... Muerde un cigarrillo que no ha encendido todavía. Ahí están éstos, qué guay. La Lola está flirteando con un alemán medio tonto. Es rubio. Vuelve a meter el ciga en el paquete y se rasca detrás de la oreja aunque, en realidad, el cosquilleo está más abajo, en el estómago.

EL ESTAMBRE

IVÁN SÁNCHEZ MOLINERO. FRANCIA

Mientras las recias manos lo urdían para el telar, el futuro ya le pastaba en sus mientes: «De estambre, pasando por estameña, acabaré en sayal de fraile —o monja— marrón o negro, calzado o sin calzar, desmigador de rezos, limosnas y hambres hasta de sin pan; seré gris como la lluvia; frío como los establos de la muerte y el mal; doleré al frío, a la lluvia o al calor como que fuera piel en malolientes heridas infectadas, y endurecido de pus, sangre e inmundicias acabaré en la fosa agarrado a aquella carne pasto de gusanos, confundido con tierras que nunca me llevarán...».

LEY DE GRAVEDAD

ROBERTO SANTIAGO DE BRITO GÓMEZ. ARGENTINA

Adán, a pedido de Eva, zamarreó el árbol para poder arrancar la manzana que ella no podía alcanzar, pero la fruta no cayó.

Como Dios, observándolos, comprendió que la perfección de la creación todavía no estaba terminada, creó la ley de la gravedad.

Y se consumó el pecado.

VISTO PARA SENTENCIA

JUAN CARLOS SOMOZA GARCÍA. ESPAÑA

Hierático, el líder espera en la sala del oculista; desiste de la lectura frívola e inicia su juego de observación para matar el tiempo. Fija su mirada en la persona que tiene enfrente: un tipo de rostro cansado y mal dormido, ojos indescifrables, oscuros, acumulando años de hollín... desprovisto de dignidad, atacado por una ancianidad prematura... ¡Pobre hombre!, sumido en la neurosis, desconecta su vida interior de su cuerpo... Parece acabado.

—El siguiente —reclama la enfermera.

—Ese señor —responde él.

—¿Señor?... Ahí, desde hace tiempo, solo existe un espejo.

IGUAL QUE TODOS

REYNALDO SOTO HERNÁNDEZ. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

—Hay cosas que alguien tiene que hacer —me dijo, quitándose la ropa con naturalidad—. Yo soy puta.

Y entonces ya sentí vergüenza de decirle que era yo poeta; que había leído a Rilke, a Vallejo y a Rimbaud y el resto del discurso que había venido preparando a lo largo del trayecto hacia el hotel, con el propósito de soltárselo antes de meternos en la cama, para que no fuera a pensar que yo era igual que todos.

OPORTUNIDAD

EDITH SOTELO FILGUEIRA. ESPAÑA

La mujer se mira en el espejo. Desnuda. Se ve a si misma, ve a la madre, a la abuela, a las mujeres que no conoció, a las hijas que no llegan, emergiendo por cada pliegue de su cuerpo, por las sábanas enmarañadas de su cama deshecha.

Desnuda retira las ropas de la cama. Las coloca una sobre otra formando un montículo jerárquico de línea sucesoria. La mujer se tumba sobre el colchón. Lo acaricia. Se recorre. Vuelve a mirar el espejo. Donde antes estuvo la imagen de su cuerpo, ahora emerge el blanco descarnado de la pared del fondo. Un blanco sin máculas, limpio, como lienzo virgen.

L. CASEI INMUNITAS

CARLOS TALAMANCA LÓPEZ. ESPAÑA

Cuando terminó de contar los seiscientos pasos que separaban el trabajo de su casa, Juan sintió un vacío. Un vacío que no podía explicar con palabras, porque, después de todo, no era hombre de letras. Llevaba años contando los veinte millones de L. Casei Inmunitas que había en cada bote de Actimel y esa mañana acababan de comunicarle su despido. La crisis. Diez años de especialización tirados a la basura. El mundo estaba cambiando. ¿A quién le importaban ya los veinte millones? Así fue como Juan dio el paso seiscientos, sin saber si habría sitio para él en ese nuevo mundo.

CLARA

MARIAN TORREJÓN VÁZQUEZ. ESPAÑA

Clara tiritaba y he tenido que cerrar la ventana mientras me enseñaba su habitación: muy bonita, con las paredes pintadas de azul, como a ella le gustan. Hemos acomodado un par de peluches sobre un estante y le he dicho que ahora con dos casas va a disfrutar el doble, aunque ella siempre baja la cabeza cuando le digo eso. He regresado deslizado mis suelas sobre la humedad de las aceras, y al abrir la puerta de casa un viento gélido me ha silbado desde la oscuridad. He encendido todas las luces con un temblor dolorido, como de gripe, y he puesto la radio a todo volumen.

LOCUS AMOENUS

JORDI TORRES ZAPATA. ESPAÑA

—Una delicia, chocolate belga con virutas de manzana al licor.

El dependiente le ofrece una bandeja con varias hileras de bombones, oscuros y tentadores.

—No debería —dice Emma.

Pero coge uno. Entorna los ojos y se abandona a la intensidad amarga del chocolate negro: quince meses de dieta estricta casi le habían hecho olvidar lo bueno que era. Si Adrián la viese ahora... Él nunca le perdonaría que engordara otra vez. Cuando hacen el amor le susurra que parece una diosa, que su cuerpo es el paraíso. «El paraíso es esto», piensa Emma, y coge otro bombón.

PINACOTECA

CHORCHE TRICAS LAMANA. ESPAÑA

—Alodia ya lo tenemos. Hemos descifrado por completo el código dibujado tras «Las vacas» de Goya. Sí, eso de lo que te vengo hablando desde el verano. Y no vas a creértelo, te leo lo que dice:

«Ayer abandonó para siempre los altos pastos nuestra hermana Estrela. La tormenta seca que cayó sobre nuestra granja sorprendió a Estrela cuando caminaba a refugiarse en la calidez del establo. Un rayo fulminante la alcanzó hasta dejarla carbonizada, en pie y sonriendo. Tus compañeras del prado no te olvidan. DEP».

—Dime, ¿qué te parece? Oye, ¿hola? (jodida cobertura, ha vuelto a cortarse)

CAPICÚA

LETICIA TROYANO MORENO. ESPAÑA

La primera vez que se vieron no se reconocieron. La segunda, se ignoraron. La tercera, apenas se miraron. La cuarta ella dijo hola y él qué tal. Compartieron un café. Y la vida hizo el resto. Hubo amor, alegría, paciencia, impaciencia, tristeza, desamor. Y la vida hizo el resto. Compartieron un café. Ella dijo adiós y él hasta nunca. La antepenúltima vez que se vieron apenas se miraron. La penúltima, se ignoraron. La última, no se reconocieron.

MIRA

AMELIA UCEDA DOMÍNGUEZ. ESPAÑA

He salido a la calle, los transeúntes me miran, y me miran, me miran, ¿por qué me miran? y yo los miro. ¿Se preguntarán ellos por qué los miro?, sigo mirando, pero nunca sabré por qué me miran y tampoco si se preguntan por qué los miro. Me doy media vuelta y entro en mi casa.

EXCESO DE CURIOSIDAD

DOLORES UCEDA DOMÍNGUEZ. ESPAÑA

Evitaba mirarse en los espejos por temor a perderse al otro lado de las cosas.

TÚNELES

MILAGROS VALCÁRCEL OSUNA. ESPAÑA

No hablaron. Él observó el pomo de la puerta como si mirara un espejo retrovisor. Consciente de la atmósfera que no respiraría, de la maniobra que se aproximaba, aceleró el pensamiento para fugarse a modo de escapista. Después, salió, mezclándose con un calendario de silencios. Ella se afiló las ganas de llorar y las hundió junto con las manos en la tierra aún húmeda. Buscaba geografías en mapas lejanos, borrarse de aquel momento..., pero, solo sintió kilómetros de sombra esparcidos como raíces.

BEBÉ

MARIJKE VAN ROSMALEN FARIÁS. MÉXICO

—¿Dónde está bebé? ¡Ahí está! ¿Dónde está bebé? ¡Ahí está!

Las risas de la madre y su pequeña estallan en la habitación cada vez que la bebita se esconde entre las sábanas y espera la pregunta de su madre.

—¿Y dónde está mi bebita?

No hay respuesta. La madre, esperando que su hija se asome, sonrío.

—¿Y dónde...?

Levanta la sábana. No hay nadie.

EL VAIVÉN DEL AUTOBÚS

ANA VIVES GIMÉNEZ. ESPAÑA

El vaivén del autobús en las curvas, acercando al muchacho, hacía que su mente se transportara a un pasado casi olvidado, tan solo revivido ahora por ese olor acre que emanaba de la piel sudorosa de su compañero de asiento. Su juventud, su cercanía, el flechazo que sintió al verlo... le valieron para sentir otra vez una pasión fulminante, casi olvidada, pero esta plenitud duró hasta que el chico se levantó y lo dejó otra vez solo con un respetuoso «permiso, abuelo»

DOS MINUTOS

ELENA YÁGUEZ PÉREZ. ESPAÑA

He esperado a que se durmiera, hasta que su brazo pesara sobre mi cintura. Cuando he sentido en mi nuca su respiración entrecortada, he sabido que ya nada le despertaría. Salto de la cama, recojo del suelo las bragas. Vacilo. Entro en el baño. Dos minutos para quitarme el olor de ese jueves, y de otros. Me visto y recojo el cepillo de dientes. Lo guardo en el bolso en vez de tirarlo a la basura. Saco la llave que dejaré sobre la mesilla. Le miro, ya ronca y empieza a babear. Dudo. Cojo los doscientos euros del cajón y me voy.

TINIEBLAS

JUANA YANGUAS ROMERO. ESPAÑA

—Nena, las palabras son como las letras: todo tinieblas.

—Entonces —repuse— cuando dices que me quieres es porque deseas decirme que tu amor es muy oscuro, que te duele.

—No, preciosa, solo significa que te miento.

HUBIERA DESEADO

IVÁN ZAMORA. ESPAÑA

Hubiera deseado nacer en otra época, en otro lugar. Su abuelo sacrificó su juventud en una guerra en la que mató por sus ideales. Su padre sacrificó su libertad en una posguerra en la que tuvo luchar por mantenerse vivo.

Se resignaba resentido por no haber compartido la misma suerte de dignidad. También se resignó por el momento en el que la crisis cambió drásticamente la sociedad, muy castigada económicamente. También cuando cambió el gobierno a una opción política restrictiva de las libertades. Y cuando sufrió cárcel y represión, deseó no haber nacido en esta época ni en ninguna otra.

Este libro se acabó de imprimir el día
25 de junio de 2010 en
Gráficas Almudena, Madrid.



MÁS ALLÁ DE LA MEDIDA

*Los géneros literarios evolucionan. El número de páginas medio por libro se ha reducido considerablemente en los últimos años. El autor cambia su posición respecto a lector. Ya no hay un lugar de conocimiento frente a otro de ignorancia. El autor y el lector son (al menos la literatura actual los considera así) cómplices de la conclusión de una propuesta. Ya no hay que decirlo, enunciarlo, enumerarlo todo. La sugerencia, la medida precisa es lo que vendrá en auxilio del sentido. En **Más allá de la medida**, se recogen más de cien propuestas de microrrelatos que quedaron finalistas en el I Premio Internacional de Microrrelatos «Museo de la Palabra», convocado por la Fundación César Egido Serrano.*



FUNDACIÓN CÉSAR EGIDO SERRANO

MUSEO DE LA PALABRA

ISBN: 978-84-936835-7-3



9 788493 683573

Gens

